CANTARES DE VAQUERIA

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

Hace algún tiempo, el doctor Abimael Caballero Sierra, nos ofreció una breve muestra del rico filón folclórico de la Costa Atlántica, en separata de la Revista de la Universidad de Colombia. La colección de coplas del doctor Caballero Sierra, se circunscribe al Departamento del Magdalena, del cual es oriundo. Ahora es don Jaime Exbrayat, quien nos presenta en sus "Cantares de Vaquería", la mejor faz del folclor cordobés y bolivarense, en este año propicio a la divulgación impresa de obras del mismo género, como quiera que hace poco apareció, bajo el título de "Rezadores y Ayudados", el libro en que Arturo Escobar Uribe recogió sus experiencias de investigador lanzado en pos de los curanderos y magos, que habitan en el territorio colombiano. El volumen de Uribe Escobar fue comentado por Agustín Rodríguez Garavito, en el número 5, de este Boletín Cultural y Bibliográfico, correspondiente al pasado mes de junio.

El trabajo de don Jaime Exbrayat, debe considerarse como meritorio, ya que él, además de representar una labor minuciosa de muchos años por los caminos fluviales del Sinú y los senderos calcinados de Córdoba y Bolívar, constituye una valiosa colección de coplas espigadas en la noche rural, entre el ruido de los "fandangos" o en la abierta cordialidad de las ventas aldeanas. Cantares de Vaquería, que entonan los jinetes, cuando se dejan ir al paso de las cabalgaduras, y hallan en la estrofa anónima la mejor compañía, que los compensa de las faenas campesinas. En su prólogo, él nos da su testimonio emocionado: "De labios de legítimos vaqueros, en las veladas al pie del candil, durante las medrosas noches invernales, mientras croaban las ranas en la ciénaga vecina y tejían las luciérnagas sus arabescos de luz en el oscuro manto de la noche; en un re-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

codo del camino por donde pasaba la novillada, unas veces, y otras recostado en algún rincón del corral durante la cotidiana labor del encierro y del ordeño, fueron oídas y recogidas la mayor parte de estas coplas mordaces como epigramas de finísimos quilates, volantonas y zandungueras como una jota aragonesa, picarescas como los chistes de Quevedo, tan atrevidas a veces que sólo pueden cantarse en despoblado y entre hombres solos, a juicio de los mismos vaqueros que nada tienen de remilgados ni de babiecas".

El amor y la mujer colman, con su presencia múltiple, las páginas de este libro, que consideramos un auxiliar experto para el mejor conocimiento de las gentes que moran en el "Valle del sol". El autor nos lo advierte en una síntesis justificadora: "Si nuestros poetas vernáculos pulsan una sola cuerda del instrumento septicorde, resulta que esa cuerda es una cabellera de mujer con tantas fibras como cabellos". Al extremo, que el tiempo se mide con un reloj apasionado: "Las horas que tiene el día/ Las he dividido así:/ Nueve soñando contigo/ Y quince pensando en tí".

Geografía e historia también están impregnadas de la popular ciencia amorosa: "Orilla del caño sucio,/ Puerto de caimán cebao;/ Donde hay muchachas bonitas/ No falta el enamorao". "Si Bolívar con su espada/ Libertó cinco naciones/ Tú, morena, con tus ojos/ conquistas cien corazones". Amor, vital, casi biológico: "Toma estos cinco claveles/ Que en mi jardín los cogí/ Y son los cinco sentidos/ Que tengo puestos en tí". Juego de amor, en el atrevido retozo verbal: "Ay! quién fuera zapatito/ Para tu bonito pie!/ Y mirar con los dos ojos/ Lo que el zapatito ve".

Tras el galanteo viene el requiebro amoroso, que aquí asume una ingenua gracia de rito deseado: "Yo te vide persignar,/ Mis ojos fueron testigos,/ Quien te pudiera besar/ Donde dices enemigos". Requiebro de ascendencia agraria, por la intención vegetal de las imágenes: "María campo de flores/ Y arboleda de manzanos/ No puedo coger los frutos/ Si no me agachas los ramos".

Pero al fondo de este "idilio en verso", asoma su rostro oscuro el desdén, para anunciar la inminente partida: "Mañana me voy de aquí/ Antes que me digan: véte/ Si no encuentro la palanca/ Me voy con el canalete". Y es a la postre, la "nostalgia del bien perdido", que encuentra su expresión en el símil

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

obvio del agua: "Cada vez que yo me acuerdo/ De aquellas dulces palabras/ Yo quisiera deshacerme/ Como la espuma en el agua".

Mas, en la tregua del pertinaz oficio amatorio, busca una oportunidad propicia para la alusión picaresca: "Que el demonio son los hombres!/ Eso dicen las mujeres/ Y con todo van buscando/ Que el demonio se las lleve". Entonces, el hombre de las llanuras de Bolívar y el Sinú, lanza sus tonadas "volantonas", al aire cálido, de la madrugada: "Qué me miras, qué me ves,/ Que tanto me están mirando?/ Soy medida de tus pies/ La tierra que estás pisando". Cuando no hace profesión de fe regional, de su ocupación de cada día: "Por debajo mi caballo,/ por encima mi sombrero,/ En la casa soy el amo/ Y en el llano soy vaquero", con voces que recuerdan la arrogancia de nuestros llaneros orientales.

La vena humorística fluye, expontánea en la recopilación folclórica de don Jaime Exbrayat. Su linfa se solaza aún en la confluencia de la especie, el delta de dos razas: "Una rubia se casó/ Con un negro colorín/ Y los chicos le salieron/ Del color del aserrín". También, en plan de guasa, aflora la veta satírica a la superficie musical: "Una novia que yo tuve/ todas las fallas tenía/ Era fea, flaca y floja,/ Fullera, frágil y fría".

Menos feliz en la captación de los motivos políticos y religiosos, tal vez solo valdría recordarse esta invocación ferviente a Nuestra Señora, por su clara ubicación terrígena: "Virgen de la Candelaria/ Patrona de Magangué/ Quién pusiera la cabeza/ Donde pones tú los pies!".

Debemos pasar por alto los capítulos que recogen versos de variado tema, los "Juegos de Salón y piquería", los "Rrefranes, Sentencias, Modismos, Adagios y Dichos muy usuales en toda la Región Sinuana y en Bolívar", y las "Supersticiones y Costumbres", al tenor de los títulos, para concluír que en los Cantares de Vaquería, de Jaime Exbrayat, el paisaje y su habitante del Sinú y Bolívar, encuentran un antólogo responsable, cuya obra está destinada a conservar, para el futuro, el alma folclórica de un pueblo, hecho a imagen y semejanza de la misma alegría.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.